

BLOOMSBURY

EL GRUPO DE UN LARGO FIN DE SEMANA

Christian Velázquez

Nunca sucede nada, hasta que se le describe.
Virginia Woolf

A lo largo de la historia del arte casi siempre han existido diferentes tipos de agrupaciones, archipiélago de brillantez libres pensadores formadas por artistas e intelectuales que han revolucionado lo ya establecido e implantado nuevas estructuras y formas de ver, no únicamente el arte, sino también la sociedad, el mundo y la vida misma. La mayoría de estos círculos de estudio y creación, han utilizado medios de expresión artística como la plástica, la literatura, la música o la poesía, pero otros se han dedicado a la investigación científica y humanística.

Lo más rescatable de este tipo de agrupaciones a mi modo de ver, es que en ellas se manifiesta una sinergia espontánea, en la que cada uno de los artistas muestra su propia voz interior, pero a la vez, forma parte de un conjunto que resalta dentro de una época llevando un estandarte ideológico, filosófico y artístico. Esta dualidad —individuo-gremio— se complementa, ya que el intercambio de ideas, opiniones y tendencias siempre resulta enriquecedor. Por ejemplo, René Magritte es conocido como artista sobresaliente por su obra, pero también, por pertenecer al movimiento surrealista ideado por André Breton.

En Francia, en el siglo XIX, surgió un grupo que se autonombró “Los Parnasianos”, por la palabra griega que hace referencia a la cima del monte Parnaso, lugar donde habitaban las musas inspiradoras, y la influencia de la publicación *El Parnaso Contemporáneo*; Leconte de Lisle encabeza este movimiento de poetas. Por su parte, en el México de finales de la década de los años 20, también fue escenario de una agrupación de intelectuales llamada “Los Contemporáneos”, integrada por Jorge Cuesta, Gilberto Owen, Xavier Villaurrutia, Salvador Novo y José Gorostiza, entre otros. Este grupo creó buena parte de la mejor literatura mexicana del pasado siglo.

De forma similar, en los comienzos de ese siglo, nació otro singular grupo de pintores, novelistas, críticos de arte, economistas, historiadores, ceramistas y psicoanalistas,



Los contemporáneos

que se reunían en un carismático barrio londinense cerca de la Universidad de Londres. Este lugar, otrora anodino y poco seguro, adquiriría una personalidad magnética a través de la vida bohemia que ahí se desarrolló, entre 1904 y 1930. Quizá ese colectivo intelectual fue el que más influyó en la fama de ese sitio, en un tiempo en que los valores se encontraban en crisis, como resultado del estallido de la Primera Guerra Mundial.

Dicho movimiento cultural, decantado por el pacifismo, encontró —más que por azar— un punto de reunión en el entonces suburbio londinense de Bloomsbury, del que tomaron el nombre sus participantes, la mayoría provenientes del Trinity College de Cambridge, pero con características divergentes en cuanto a sus tendencias filosóficas, políticas, y sobre todo estéticas. Los integrantes del grupo comenzaron a reunirse en casa de los hijos de Sir Leslie Stephen, destacado historiador, crítico, editor y hombre de letras victoriano, la escritora Virginia Stephen Woolf y su marido, el economista Leonard Woolf; Vanessa Stephen Bell y su esposo, Clive Bell, y Thoby y Adrian Stephen. Posteriormente, después de recurrentes invitaciones por parte de la familia Stephen, otros intelectuales empezaron a sumarse al círculo, tal es el caso del economista John Maynard Keynes, el pintor Duncan Grant, que por cierto, fue influido por Roger Fry, otro integrante de la agrupación, el periodista James Strachey, un estudioso de la teoría freudiana que presentó, precisamente, la obra de Freud en Inglaterra, y el filósofo Ludwig Wittgenstein.

Este movimiento generó obras que dieron fama a cada uno de sus miembros, pero que son resultado de un esfuerzo colectivo, ya que el grupo nutrió sus intelectos y revitalizó sus ideas. Una de las premisas de Bloomsbury era que “si no tienes honestidad intelectual, jamás se llegará a una honestidad pública”, por lo que objetaba la moral victoriana y la sociedad hermética e indiferente. Virginia Woolf, quizá el miembro más famoso de este grupo, creó una nueva forma de escribir. Su aguda percepción, aunada a la utilización de nuevos puntos de vista en el narrador, puntos de fuga y encuentros simultáneos con la realidad, le permitió crear una narrativa única. Por ejemplo, de su libro *Kew Gardens*, Sergio Pitol nos dice: “¿Qué es *Kew Gardens* sino un conjunto de manchas de color oscilantes bajo los juegos de la luz, el reflejo de un extraviado hilo de sol en una gota de rocío, el aleteo blanco y azul de una mariposa? A la trémula sombra de las altas encinas, un caracol se esfuerza en arrastrarse bajo la nervadura de una hoja caída. Todo es temblor y reverberación; atmósfera y color. Para Virginia Woolf, el monólogo interior fue un instrumento eficaz para sondear la oscuridad de la conciencia frente al mundo exterior: todo debía fundirse, tanto el pensamiento como los detalles de nuestra cotidianidad.”

También se burlaba de la prohibición que impedía a la mujer entrar en las bibliotecas y polemizaba con los novelistas de la generación anterior: Herbert George Wells, Arnold Bennett y John Galsworthy, descendientes de la novela victoriana. Así, Bloomsbury se convirtió en un ejemplo de inclusión de las mujeres como miembros importantes de un grupo de estudiosos. En éste, ellas adquirieron una actitud participativa dentro del ámbito público, artístico y social, que las hizo destacar en una sociedad encorsetada que aún arrastraba viejos convencionalismos, pero que, en parte gracias a los esfuerzos de estas intelectuales, otorgó el derecho al voto a las mujeres en 1928.

Por su lado, Vanessa Bell reflejaba su propia personalidad al expresar en la plástica su voz interior, a través de una pintura peculiar y audaz que experimentaba con los estilos postimpresionistas. Sus cuadros se identifican e intensifican por la ausencia de rostros, aumentando con ello su misterio y al mismo tiempo su magnetismo; además, ilustraba libros de forma extraordinaria, logrando una relación íntima (tal como lo hicieron en su momento las miniaturas medievales) entre los dibujos y el texto.

Otro miembro del grupo, Roger Fry, pintor y crítico de arte, fundó en 1913, con el auspicio económico tanto de los propios miembros del grupo como de algunos burgueses simpatizantes de las artes, los Talleres Omega (Omega Workshops), mismos que sirvieron como un espacio dinámico, abierto a la gran diversidad de corrientes y artistas plásticos. Todos los participantes de estos

talleres, estudiantes que se encontraban en vías de formación y del encuentro con su propia voz, que diera el sello personal a sus creaciones artísticas, hallaron precisamente ahí los medios para ganarse la vida pintando cuadros, decorando interiores y diseñando gran variedad de objetos de uso cotidiano: mesas, sillas, camas, vasos, jarras, entre otros utensilios más. Esto resultaba siempre novedoso, estimulante, creativo, enriquecedor y revolucionario, sobre todo en una época en que el arte objeto era una excentricidad. El estallido de la Primera Guerra Mundial contribuyó, entre otras cosas, a la disolución de estos talleres.

Muchos de los inmuebles antiguos del barrio londinense fueron rescatados de su semblante álgido y pétreo, por los miembros del colectivo, para transformarlos en espacios vivos, de gran colorido y plenos de figuras evocadoras. Lamentablemente, los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial acabaron con gran parte de estas edificaciones.

Las reuniones de este círculo de insignes se efectuaban sin falta todos los jueves, y constituyeron en esos tiempos difíciles, de odio, destrucción, incertidumbre y nostalgia, el estereotipo del porvenir. También se agrupan en otros recintos, como la Charleston Farmhouse, la casa de Vanessa Bell, cuyas paredes pintaron por completo y de la que su hijo, Quentin Bell, pintor destacado y ceramista, biógrafo de Virginia Woolf, dijo: “Es una casa como podríamos haberla hecho nosotros mismos para vivir en ella, con la sola diferencia de que es distinta porque sus habitantes expresaron libremente su deseo de plasmar en las paredes su sello personal”.

Bloomsbury se considera hoy un grupo reformista, pero, a decir verdad, en este momento era visto como un grupo elitista, lascivo y hasta amoral, en el que “todo se valía”, incluso las prácticas “omnisexuales”. Ray Costelloe afirmó: “Fue, sin lugar a dudas, un grupo de personas fascinante, auténtico, endógeno y excéntrico”.

Esta memorable agrupación atípica y creativa vivió las limitaciones del periodo comprendido entre las dos guerras mundiales. Robert Graves, desde su propia perspectiva, aludió a ese *impasse* dramático de la entre-guerra, como un fin de semana que se prolonga. En este apartado en particular, quisiéramos retomar este concepto para aplicarlo a estos singulares miembros y con el mismo matiz, designarlos como: “El grupo de un largo fin de semana”.

Christian Velázquez (Ciudad de México, 1958). Antropólogo mexicano por la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), con una especialidad en arqueología. Dichos estudios los ha compartido con la literatura, escribiendo en algunos de sus géneros, como el cuento, el ensayo e incluso el periodístico, principalmente. Colabora regularmente en suplementos culturales, revistas y magazines, como *La Fuente* Querétaro. Radica actualmente en la ciudad de Querétaro.